



MI
HOGAR
LLEVA
TU
NOMBRE

CECILIA AGÜERO

MI
HOGAR
LLEVA
TU
NOMBRE

CECILIA AGÜERO



Ediciones Kiwi

EDICIONES KIWI, 2025
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



Ediciones Kiwi

Primera edición, marzo 2025
IMPRESO EN LA UE
ISBN: 978-84-10479-86-9
Depósito Legal: CS 80-2025

© del texto, Cecilia Agüero
© de la cubierta, Borja Puig
© de la foto de cubierta, shutterstock
Corrección, María Comas

Código THEMA: FR

Copyright © 2025 Ediciones Kiwi S.L.
www.edicioneskiwi.com
www.grupoedicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal). Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

*Para las que seguimos recibiendo miradas de
desdén, ceños fruncidos y comentarios ácidos
cuando nos declaramos feministas.
Llevamos en esta lucha más de un siglo, chicas,
abandonar nunca fue una opción.*

Prefacio

1910

Toda la ciudad sabe que Dom el Sindicalista vive sobre Main Street, justo al lado de la iglesia metodista de Lending y a tiro de piedra de las vías del ferrocarril. También se sabe que Dom no escogió ese emplazamiento debido a una afiliación espiritual o política, sino porque era barato, práctico y se lo arrendaba al pastor Dudley Alcott, con quien tenía cierta confianza gracias a la perenne amistad con su hija.

Allí es hacia donde se dirige Violeta. Camina a toda prisa, ignorando tanto las miradas insidiosas como su orondo estado de gravidez. Se agita con facilidad al apretar el paso, pero no es algo que pueda detenerla. Es consciente de que las chismosas del barrio, con Lizzie a la cabeza, detallarán luego la manera en la que su mano se posó debajo del vientre para sostenerlo y contrarrestar la presión mientras avanza por Arlington Row con el objetivo en la mira.

Suplica para sus adentros que su hermano se encuentre en casa. No pudo comprobarlo en la mina porque le quedaba más cerca el barrio y, de cualquier forma, no podría

decirle lo que precisaba frente a sus compañeros, mucho menos frente a desconocidos.

Además, teme que él no quisiera recibirla si hay testigos. Le provoca un ardor en el cuello imaginarse a Dom rechazándola, humillándola. No se detiene, a su pesar, porque, aunque ha sido muchas cosas en su vida, una cobarde nunca ha sido una de ellas.

Además, teme cruzarse con Maida Alcott. Encarna su error de la manera más clara y la ha evitado todos estos años solamente para ahorrarse el sermón que, de seguro, querrá darle. Actuaron juntas para salvar a Dom, sí, pero ella fue la verdadera artífice. Y conoce lo suficiente la naturaleza recta y desinteresada de Maida como para adivinar que los remordimientos deben estar comiéndola viva. Es la única razón por la que ha salido al exterior: para expiarse, sí. Pero no podría soportar que alguien como Maida fuese a señalarle punto por punto los filos de sus demonios más personales.

Si hay algo que Violeta aprendió en ese último año, es que nadie está exento de que un error garrafal lo lleve a la ruina. Así que tuvo que soportar con estoicismo las miradas hipócritas de sus antiguas compañeras y colegas, las chicas del barrio y las madres que censuraron enseguida a toda su familia por sus fallos personales. Ahora, que logra entender cosas que cuando era joven no podía imaginar —y algunas de ellas le pesan justo allí donde su barriga se estira hasta alterarle el equilibrio—, es capaz

de reconocer que necesita pagar por lo que le ha hecho a su hermano.

El mensaje que lleva no puede esperar.

Por suerte para ella, nadie se atreve a llevarle la contraria o interceptarla. Puede ver por el rabillo del ojo a más de uno preguntándose cómo esa desvergonzada puede andar con tanta soltura por ahí, pero Violeta no está pensando en sí misma en ese momento; algo novedoso.

—Estás aquí.

El alivio le recorre los tobillos hinchados y los hombros contraídos cuando abre la puerta y se encuentra a su hermano fregando, con los antebrazos descubiertos metidos en una palangana.

—Esta es mi casa —sentencia Dom, sin siquiera saludarla—. ¿Qué haces *tú* aquí?

Ella no se amilana por su tono cortante. Se permite un segundo para recuperar el aliento, poniéndose una mano en el pecho. El corazón le late con fuerza, y no solo por la carrera.

Hacía semanas, casi meses, que no veía a su hermano. Todavía le duele el resentimiento y la decepción que se cuece en su mirada, los mismos ojos de su madre. La cadena de desencantos que coronó con más vergüenza a la familia la envuelve igual que un precioso chal de organdí. La diferencia, sin duda, es que a ella le pesa como si llevase encima un fardo de grano.

—Tengo algo que decirte —expresa, con voz alta y

clara. No se ha enderezado del todo; con el embarazo tan avanzado, le cuesta adoptar posiciones rígidas. Detesta andar encorvada, pero no le queda más remedio.

Parece que Dom interpreta correctamente su intención, porque suspira y quita los brazos del agua. Se los seca con un trapo, con cuidado de no salpicar el suelo.

El minúsculo hogar de su hermano soltero es una pequeña joya de pulcritud. Es extraño para un hombre hacerse cargo del aseo, pero desde pequeño Dom fue muy cuidadoso con la higiene y, para más inri, no dudaba, en la medida de lo posible, aligerarle las tareas pesadas a su madre. Aun siendo minero desde hace más de diez años, consigue mantener libre la cama del hollín de carbón.

—No tengo tiempo ahora para tus asuntos, Violeta, me esperan en media hora en una reunión que... —No le interesa, por supuesto. Todo lo que venga de su hermana menor es frívolo, insensato y posiblemente desquiciante. Violeta desearía culparlo, aunque crea que en secreto tiene razón. No puede engañarse a sí misma, después de todo.

—Es importante —zanja, dándose cuenta de que debería haber ensayado mejor el asunto.

—¿Mamá está bien? —La expresión de Dom se descompone por un momento.

—Sí; no es ella. —Violeta tragasaliva. Inconscientemente, vuelve a depositar la mano justo debajo del nacimiento de su vientre. No precisa sostén, es ella la que lo requiere—. Vengo de Rothhall, Dom.

Si la actitud de su hermano había sido hastiada y algo irritada al principio, ahora parece querer crear un muro de apatía que disimule incluso eso.

—Qué bien —masculla, monocorde.

Violeta no se deja amedrentar.

—Lo que decían es verdad: ha vuelto. —Se muerde los labios, nerviosa, aunque él le haya dado la espalda a propósito—. Ella ha vuelto de verdad, Dom.

Le permite un momento para asimilarlo. Puede percibir cómo la línea de los hombros de su hermano se va quebrando despacio, igual que su muro de contención. Ha jurado no volver a pensar en ella; Violeta lo sabe bien, pero también conoce, en carne propia, lo difícil que es renegar de lo que el cuerpo desea. De lo que desea con tanta intensidad que podría romperle los huesos por dentro. A él, que ha sido capaz de tirar de infinitos carros cargados de carbón desde las entrañas de la tierra.

—No es cierto —se atreve a susurrar, todavía sin dar la cara.

Violeta inspira antes de darle la estocada final:

—Jillian Darlington me lo ha confirmado.

La reacción es inmediata y demencial. Dom no pretende lastimarla, por supuesto, pero su velocidad la hace dar un respingo. En menos de un segundo lo tiene encima, clavándole los dedos todavía húmedos en los brazos para tenerla bien cerca y asegurarse, como cuando eran críos, de que no está mintiendo; algo que Violeta hacía con vergonzosa frecuencia.

—¿Cómo se encuentra? Dímelo. Dios, ¿por qué ha vuelto?

Su desesperación es tan honda como su dolor. Violeta no intenta retirar el tacto de su hermano, que aprieta, sin provocar. Lo entiende.

Lo que más tristeza le da es saber que Dom está en el mismo lugar que ella y, aun así, sean incapaces de consolar sus penas compartidas.

—No lo sé —musita, sincera—. Pero...

—¿Ha venido con alguien? Violeta, dime la verdad. Si ha vuelto con un hombre, merezco saberlo. Voy a...

Por un segundo, se imagina que su hermano, finalmente, ha perdido la cordura.

—Está sola —sentencia, y la reacción es instantánea: los músculos contraídos de Dom relajan un ápice su expresión severa—. No parece haberse enlazado con nadie ni... lleva a costas a ningún niño. Está sola, ¿entiendes? Por completo. Ha regresado.

Dom la suelta, con la misma rapidez con la que le ha exigido respuestas. Violeta suspira, resignada.

—Ha vuelto... —repite su hermano, absorto. Cruzan una mirada tardía, una privada, de esas que solo ellos son capaces de comprender.

Pueden ver, a la vez, el punto de partida de toda su desgracia y, asimismo, de toda su felicidad. Ahora, ella ha vuelto y Rothhall vuelve a erguir su sombra sobre esa humilde familia que ya está demasiado rota.

Violeta se pregunta qué pasará ahora. Dom es el que tiene que dar el siguiente movimiento.

Le desea lo mejor. A pesar del abandono, jamás volvió a acercarse a una mujer. Tal vez este sí sea el momento propicio para su hermano. Lo anhela con la misma intensidad con que se arrepiente de haberle arrebatado a la primera; era joven y creía que lo estaba protegiendo. Amar a su hermano supuso tomar decisiones que no le correspondían. Violeta aprendió por las malas que, por mucho que se esfuerce, sus seres queridos van a detestarla por tratar de solventar sus problemas, porque en realidad lo único que hace con ello es arruinarlos a todos.

Al menos, ya que ella no va a tener un final feliz, espera que Dom sí lo alcance. De los dos, es el que más lo merece, nunca tuvo dudas. Violeta siempre fue demasiado egoísta, demasiado caprichosa para aprender a velar por los demás como lo hace su hermano. Ella se equivocó con él, y también con Jillian.

Esta vez, ella va a ayudarlo, no a interponerse. Es hora de que Dom el Sindicalista recupere a su mujer.

Primera parte

Obertura

1906

1

Con el aliento atascado, Violeta se detiene frente al escaparate para observar con avidez la tienda de señoritas de Madame Lewitt-Garnier. Se trata de un sitio muy conocido por los burgueses de la ciudad de Lending y, sin duda, el lugar más lujoso y adorado por las muchas trabajadoras de los alrededores.

Violeta lleva casi un año acudiendo a su cita privada todos los viernes. La tienda de señoritas se encuentra a pocos minutos de la estación de ferrocarril de Lending, pero ella llega a pie para ahorrar lo máximo posible. Baja aprisa la distancia que separa el centro de la ciudad de su hogar para admirar la elegante y sofisticada muestra de accesorios femeninos seleccionada por Madame Lewitt-Garnier.

El sueño más ansiado de Violeta es tener uno de esos grandiosos sombreros con plumas, pero sabe que no encontraría la ocasión de pavonearse con él. Por el contrario, se imagina que Lizzie y sus acólitas se burlarían de ella de la misma manera que lo hicieron cuando intentó darle un toque moderno a su falda y terminó por hacer el ridículo.

También hay guantes, lazos y pañuelos. Accesorios para el cabello, agujas invisibles y otras con sendos adornos en

sus puntas, perlas, apliques; un verdadero paraíso para una mujer coqueta. Los ojos de Violeta se deslizan con rapidez hacia el objeto de todos sus anhelos, expuesto allí desde hace ya algunas semanas. Teme pegar la nariz al escaparate como un mocosito, pero lleva tanto tiempo deseándolo que las manos le sudan una barbaridad.

Se trata de un chal de seda sencillo, de una tonalidad extremadamente cautivadora. No alcanza a ser malva, tampoco morado. Es más bien similar al color violáceo, algo que, dado su nombre, Violeta consideró desde el primer momento que debía pertenecerle. Tiene ribetes de plata en los bordes. Es una pieza tan exquisita que no sabría cómo utilizarla, pero hoy es el día. Ahorró lo suficiente y sabe que puede pagarla. Pasó penurias, hambre y decepción cada vez que Lizzie y las demás salían a comprar almendras tostadas o cuando su madre le ponía una moneda en la mano los domingos, a escondidas de Dom.

Se toma varios minutos, a pesar de la urgencia por finiquitar el asunto, en recuperar el resuello y fingir una tranquilidad que no siente al ingresar en la tienda. Una campanilla estridente da el aviso de que una clienta —Violeta apenas puede pensar en sí misma como una clienta— acaba de aparecer.

Ver a Madame Lewitt-Garnier sin espiar le da una nueva pátina de realidad a sus actos. Está nerviosa, sí, pero mantiene la espalda recta y la barbilla levantada, igual que su madre. Le parece que la mujer no ha reparado en su

presencia porque no se mueve de la esquina en la que está ojeando lo que parecería ser un ejemplar de *Daily Lending*. Sin embargo, consigue intuirlo de soslayo antes de que a Violeta se le ocurra carraspear para llamar su atención.

—No, no. —Madame Lewitt-Garnier hace un gesto desdeñoso con la mano, sin quebrar su postura recogida sobre el periódico—. Aquí no damos limosnas. Fuera.

—No vengo a...

La señora cierra con fuerza la lectura, hastiada.

—Tampoco tengo trabajo para ti, jovencita. —Ahora sí que la está mirando de frente, y Violeta casi que desearía que volviese a la posición desinteresada porque Madame Lewitt-Garnier le regala, sin pedirlo, la mueca de rechazo más vívida que haya recibido nunca—. Prueba por preguntar en la iglesia. Adiós.

Y, sin más preámbulo, abre el periódico allí donde lo ha dejado para retomar la lectura. Ni siquiera se molesta en fingir cortesía. Violeta ha cotilleado esta tienda durante demasiado tiempo como para ignorar que esta señora es capaz de deshacerse en pleitesías y sonrisas edulcoradas cuando una señora de buen vestir irrumpe en ella. Al parecer, ella no vale siquiera una mirada.

—Quiero un pañuelo. —Lo expresa en voz alta y clara.

No le sorprende que Madame Lewitt-Garnier vuelva a levantar la cabeza, más extrañada que irritada, para simular que no ha entendido.

—¿Cómo dices?

—Quiero... un pañuelo. —Se desinfla un poco al final y le dan ganas de maldecir entre dientes, aunque su madre pudiese castigarla. Traga saliva y desvía la vista hacia el escaparate, donde sigue exhibido su objeto de mayor deseo—. Ese pañuelo. —Lo señala con timidez, aunque no haga falta porque desde ese ángulo es bien visible, en una esquina detrás de un bolso de viaje de carey y unos guantes a juego.

La dueña de la tienda enarca una ceja.

—Es seda de Lyon —anuncia, con un resto de pomposo orgullo que hace que Violeta baje la guardia; ahora sí la está tratando como a una cliente—. No... No luciría en ti, mocosa.

La respuesta la vuelve a poner en alerta. Quiere echarse a llorar, pero sabe que dar pena no va a hacerla conseguir sus objetivos. Piensa, se devana los sesos aprisa, para elegir la actitud correcta frente a esa señora de mejillas caídas que, ciertamente, intuye que está muy por encima de ella.

—No me importa —le suelta, intentando no ser irrespetuosa, sino firme—. Quiero comprarlo.

Violeta consigue que Madame Lewitt-Garnier se incorpore al fin. No está segura de si es una victoria o una derrota.

—¿Y puede saberse cómo vas a pagarla? —le pregunta, dando un rodeo por delante del mostrador. Es una mujer elegante. Tal vez va demasiado recargada, a la moda que se estilaba, y todavía se estila, en las clases altas; aunque la

oleada de practicidad y sencillez ya se pueda ver en el horizonte. Se planta a un lado del mostrador, con los brazos en jarra. Hay una distancia más que prudencial entre ambas, como si la señora temiese contagiarse de su pobreza—. Yo no hago caridad, niña, te lo acabo de decir. —Suelta un suspiro teatral—. Vamos, vete de una vez. Vas a espantarme la clientela si mis chicas te ven aquí...

—Tengo tres libras. —El tintineo provoca una ruptura en el ambiente, como si quisiera congelarlo. Violeta da un paso al frente, no hacia la dueña, sino hacia el mostrador, y deja sus preciados ahorros de años sobre la superficie. Tiene que conseguirlo—. Y sé que vale solo dos.

Saborea la estocada final como si fuese la materialización de un alma fuera de su cuerpo. Observa cómo, en un silencio violento, Madame Lewitt-Garnier la quita del medio para buscar lo que ella le ha solicitado y lo envuelve con premura. A pesar del mal talante, no se atreve a desairarla de nuevo ni tampoco a tratar mal la preciada seda.

Diez minutos después, cuando Violeta sale de la tienda, es una mujer distinta. Aunque todavía tiene tiempo, no se deja embaucar por la sensación de honda satisfacción y emprende el viaje de vuelta andando, con la cajita firmemente apretada contra su pecho.

Derrama solo dos lágrimas de alegría líquida al ser consciente de que ha conseguido su objetivo. Violeta es, desde entonces, alguien que sabe lo que quiere y que podrá pelear con ferocidad hasta conseguirlo.

Por suerte, todavía no anochece cuando, después de cruzar la estación, toma Old Street, la calle que sube lentamente sobre un antiguo trazado medieval.

Ella y su familia viven en un conglomerado minero, a unos diez minutos a pie del centro más animado de esa parte de la ciudad. Desde allí, se puede ver a la perfección el tendido del tren, que atraviesa y parte en dos los barrios más populares de la ciudad de Lending: Esengreen, al oeste, y Ebenfeld, al sureste. Se trataba de la última ciudad minera de la zona de Bristol; desde donde se extraía el carbón para llevarlo en ferrocarril hacia Gloucestershire.

Violeta ignora las deliciosas tentaciones de Trinity Road, que hace de unión con la parte más burguesa de la ciudad, y sigue recto hacia su hogar. Su madre jamás le permitiría callejear cuando se pone el sol, así que apura el paso e ignora el sudor frío que se le acumula en la nuca al imaginar que alguien en casa pudiera descubrir su tesoro. Piensa guardarlo con mimo detrás de un ladrillo hueco que hay en la habitación que comparte con su madre.

Le sorprende escuchar voces dentro; no esperaba que Dom estuviese ya en casa. Animada, a pesar del interés personal por conservar el secreto, entra en la casa, disimulando la cajita en la que lleva el pañuelo en el bolsillo de la falda.

—Haré turnos dobles. ¡Triples! Voy a trabajar los domingos.

—No es eso, Dom. Ya haces suficientes sacrificios para esta familia.

—No voy a permitirlo. ¿Me oye, mamá?

Están discutiendo en la habitación que comparten su madre y ella. Violeta se queda muy quieta en su sitio. No se esfuerzan por moderar el tono, así que presume que no la han oído llegar. Se pregunta si debería avisar para evitarles el bochorno.

No recuerda haber visto nunca a Dom discutir con su madre.

—Solo tiene catorce años —tercia su hermano, airado—. No tiene por qué irse a la casa de gente desconocida.

—Tú tenías trece cuando empezaste en la mina —le señala su madre, con una honda resignación. No pretende dañar a su hijo, Violeta lo presiente, sino hacerlo entender—, y tomas más responsabilidades que nadie. ¿Crees que no me postularía yo si pudiera? Están buscando a una doncella. Es la indicada.

Violeta se aferra más fuerte a su recién comprado pañuelo de seda de Lyon. Se pregunta si, en alguna ciudad francesa, una mujer y su hijo estarán también discutiendo con fiereza el destino de una chica.

Ella sabe lo que quiere, lo descubrió en la tienda de Madame Lewitt-Garnier. Lo sabe y lo ambiciona.

Así que cuando Dom sale y la ve ahí, con cara de susto, no intenta suavizar su amenaza.

—No irás a trabajar a ninguna parte, ¿me has escuchado?

Aquí nos basta con mi sueldo. Debes seguir en la escuela y aprender... lo que sea que enseñen para ser una niña buena y tener algún día una vida de provecho. —Parece querer convencer a su madre más que a ella, y Violeta no lo contradice—. No irás a la casa de ningún hombre rico a pedir limosnas. Vivimos con holgura. Nadie puede decir que no puedo hacerme cargo de mi familia.

Oh, pero Dom solo tiene diecisiete años. Y Violeta precisa solo un vistazo al semblante sombrío de su madre para saber que, por mucho que su hermano vocifere, ella ya se ha encargado de arreglar las cosas.

Sí que va a marcharse a trabajar, muy pronto. Y su pañuelo de seda será su compañía más preciada, junto con la moraleja zurcida en sus costuras: es capaz de grandes cosas si se lo propone. Dom no tiene que preocuparse.

2

La calle más burguesa de Lending es, sin dudas, Cliff Lane. Fue motivo de risa durante mucho tiempo, porque lo cierto es que la ciudad se asienta sobre una planicie, sin acantilados o laderas a la vista, pero así es. La catedral de Lending es la punta de lanza para una zona residencial pequeña y en extremo lujosa, la compacta parte de la población que tiene un pasar económico más que holgado. Al igual que sus contrapartes de los barrios obreros de Ebenfeld y Esengreen, surcados por el ferrocarril, también la fortuna de la ciudad se amasó gracias al oro negro.

Fue una sorpresa para esa parte de Inglaterra que se descubrieran unas modestas aunque ricas minas de carbón hacia el siglo XVII. Cambió por completo la geografía de la zona, poco poblada y sin conglomerados importantes. Durante el siglo pasado, hinchó su tamaño con rapidez, con la misma celeridad que se extraía el carbón de las vetas. Así, también Lending, antes alejada de otras ciudades como Exeter o Bristol, se unió a esta última a través de vías férreas que se construyeron aprisa para poder conectar la mina con las otras de la zona de Gloucestershire.

Allí todavía sobrevive una antigua familia de alcurnia, en su vieja casa señorial llamada Rothhall. La urbanización

se comió la distancia que solía separarla de sus antiguas aldeas campesinas y ahora se encuentra al final de Cliff Lane, decorando con su nobleza la mejor parte de la ciudad.

Violeta jamás había pisado aquella calle hasta ese día. Tampoco conocía Rothhall, ni siquiera de lejos. Su vida termina poco más allá de Esengreen, en la estación de ferrocarril y la tienda de señoritas con la que está obsesionada. Su madre, de familia anglicana aunque no practicante, no le permitía merodear cerca de la catedral, mucho menos en territorio de ricos.

Ahora, no solo tiene disponible Cliff Lane para curiosear, sino que se encuentra dentro de una de esas increíbles edificaciones de dos plantas, jardines y hasta una habitación para los dos automóviles que posee la familia.

—No te distraigas —la reprende la señora que está vistiéndola, poniendo énfasis en sus palabras con un doloroso pellizco en el brazo—, y escucha con atención porque no tengo todo el día.

Violeta no quiere quedar como una tonta, así que atiende. La señora Caldwell es el ama de llaves y fue quien la contrató. No sabe bien qué relación tiene esa mujer con su madre, pero sospecha que algo se le debe estar escapando porque, muy temprano —antes de que amaneciera siquiera—, se plantaron las dos en el ingreso de servicio y la madre de Violeta le susurró unas palabras a la señora Caldwell en privado. Desde entonces, han recorrido todas las dependencias, señalando las partes destinadas al

servicio, las habitaciones de la familia y los sitios comunes. Luego, han vuelto atrás para que Violeta pudiese colocarse el uniforme que vestiría a partir de entonces, cofia incluida.

—Es tu responsabilidad mantenerlo limpio —sentencia la señora Caldwell con acritud—. Cuando te expreso una orden debes responder «sí, señora». ¿Fui clara?

—Sí, señora.

—Así está mejor. —A pesar de la frase, la mujer no varía un ápice su expresión avinagrada—. Ya deben estar preparando el desayuno. Te presentaré a tus compañeras.

Violeta, nerviosa, avanza detrás del ama de llaves. Hasta entonces, su relación con otras jovencitas de su edad ha sido más bien decepcionante; no consigue congeniar, es como si lo intentara demasiado o demasiado poco. La tropa de Lizzie la ridiculiza cuando puede y siempre le ha resultado tan difícil encontrarse en el bando perdedor que desde hace un tiempo prefiere quedarse sola. La presión la carcome por dentro mientras avanza por el estrecho pasillo con la nueva vestimenta rígida y almidonada, preguntándose si la señora Caldwell habrá anudado bien la cofia y si el delantal estará perfectamente derecho.

No quiere caerle mal a nadie, no en su primer trabajo. Dom y su madre cuentan con ella.

—Señoritas, en fila —trona la señora Caldwell nada más ingresar en la cocina. Violeta se queda con la boca abierta, incapaz de disimular.

Es un espacio amplio, claro y descomunal. Con tres

fuegos, dos muros cubiertos con anaqueles atiborrados de especias, frascos de vidrio, conservas y utensilios, una despensa separada y una isla en la que trajinan sin parar las muchachas, es la cocina más grande y completa en la que se ha encontrado jamás.

Hay cinco mujeres que enseguida responden al ama de llaves. Violeta hace un esfuerzo por ignorar la estancia y concentrarse en ellas.

—Les presento a la nueva doncella de la señorita Jillian.
—Hace un gesto con la mano y la obliga a plantarse frente a todas esas desconocidas—. Esta es Portman. Se incorpora hoy. Quiero que la guíen para que no haya ninguna queja sobre ella.

Algunas se quiebran en una sonrisita condescendiente y fatigada. Violeta piensa qué haría su hermano en esa situación: sin duda, intentar congeniar con las mujeres mayores para poder aprender con rapidez el trabajo. Sin embargo, ella se inclinaría por acercarse a las dos muchachas que parecen tener más o menos su edad, temerosa y anhelante.

Violeta se muere por hacer amigas y compartir con ellas sus inquietudes.

Va a descubrir demasiado tarde que el trabajo no es sitio para amistades, mucho menos para conseguir solidaridad. Las criadas la saludan con un gesto de la cabeza y pronto la señora Caldwell las espanta para que regresen a su labor.

—Voy a subirle el desayuno a la señorita. Vendrás conmigo para presentarte.

—Señora Caldwell —interrumpe desde atrás una de las más jóvenes. Violeta se le queda mirando las graciosas pecas que le adornan todo el rostro. De lejos, parece bronceada, tal es la ilusión que dan las infinitas manchas que le decoran la frente, la nariz y las mejillas—. Yo soy la doncella de la señorita Jillian. ¿Por qué...?

—No fastidies, Devon —la espanta el ama de llaves mientras otra de las mujeres más maduras va completando la bandeja que, Violeta presume, será la de la tal Jillian—. El señor me solicitó en exclusiva una muchacha más para su hija. Ahora que ha cumplido dieciocho, tiene muchas obligaciones, por lo que precisa de un servicio acorde a su rango y que esté listo para cada necesidad que tenga la señorita. ¿Crees que tienes mejor criterio que tu señor para juzgar la carga de trabajo que se requiere en una casa de bien?

A pesar de la actitud marisabidilla y hasta algo prepotente de Devon, al final se deshinchaba como si la señora Caldwell le hubiera pinchado con un alfiler.

—Regresa a tus labores —la espanta la jefa antes de volverse hacia Violeta—. Y tú, sígueme.

Violeta se pregunta cómo se supone que va a orientarse en ese lugar. Incluso tras el recorrido guiado, todos los pasillos le siguen pareciendo similares. No tiene claro en qué espacios no puede ingresar, cuáles debe limpiar antes del amanecer y cuál será su habitación. Le empieza a dar un mareo que seguramente se convierta en dolor de cabeza,

más al imaginar que la chica Devon ya la debe odiar por quitarle parte de su trabajo. Pero Violeta no está ahí para robarle nada, al contrario. Solo quiere congraciarse con su madre, quiere demostrarle que ella también puede ser resiliente y confiable como Dom y que es capaz de sacrificarse por su familia. Además, no puede dejar de delirar al imaginar las cosas hermosas que podría comprar cuando tenga en mano su paga.

Lleva todo eso a cuestras como una nube sobre las sienes, así que no se da cuenta de que la señora Caldwell ha frenado.

—¡Mira por dónde vas, mocosa! —chilla entre dientes, para no alertar a los moradores de las otras habitaciones. Están todas las puertas cerradas; aun así, Violeta se encoge—. Si rompes algo, lo descontaré de tu sueldo. Créeme que no te alcanzará una vida para devolver algo de lo que se expone en este hogar, así que más te vale ser cuidadosa.

Ella asiente, frenética. Se le dispara el pulso.

El ama de llaves llama a la puerta y una voz queda la autoriza a entrar.

—Buenos días, señorita Jillian.

No se parece en nada al tono seco y agresivo con el que se dirigió a Violeta hasta el momento. La señora Caldwell suena maternal, incluso dulce al referirse a la joven despeinada que la observa con languidez desde su lecho.

Es una cama magnífica. Si Violeta consiguiera reprimir el profundo anhelo que le suscitaba su entorno hasta el

momento, son las sábanas bordadas, los doseles espumosos y la infinidad de almohadas lo que rompen su autocontrol. Se le inflama la garganta al imaginarse dormir tan solo una noche en una cama así de increíble. Un verdadero lecho de princesa.

—Aquí tiene a Portman, señorita. La nueva doncella que solicitó su padre.

—Oh. —Jillian no tiene vergüenza en frotarse un ojo como una niña pequeña—. Estupendo.

—Las dejaré para que le sirva el desayuno y la ayude a vestirse, ¿de acuerdo? Su padre requiere su presencia a las nueve en punto. Tengo entendido que saldrán a dar un paseo y luego se reunirán con los Somerset para el almuerzo. La quiere con su mejor aspecto, señorita —remarca la señora Caldwell con insistencia—. No dude en avisarme si necesita algo más. Haré que Devon recoja la bandeja en un rato.

Violeta sigue congelada en su sitio cuando el ama de llaves se retira, no sin antes lanzarle una aguda mirada de advertencia. En sus ojos puede ver todas las desgracias que la acechan: ridiculizar a su madre, cometer un error que salga demasiado caro, decepcionar a su hermano, ser la comidilla de todas las niñas del barrio otra vez.

Cuando se gira hacia Jillian, su nueva señora se encuentra tan rígida que la sonrisa está a punto de quebrársele como el cristal.

—Querida, tienes pinta de haber visto un fantasma. No me veo tan horrible, ¿verdad?

Lo cierto es que no. Incluso con los restos del despertar sobre el rostro, la señorita Jillian es un ángel. Tiene una preciosa piel de porcelana con grandes ojos almendrados y una cabellera castaña exuberante. Su camisón es hermoso. Violeta se pregunta si podrá rozarlo siquiera, para saber qué material es. De lejos, se atrevería a aventurar que se trata de percal, con volantes y cintas de raso.

—¿Vas a quedarte ahí quieta o vas a traerme el desayuno?

Con un respingo, Violeta sale de su ensimismamiento y se apresura a obedecer. Le tiemblan las manos sudadas, pero consigue llevar la bandeja intacta. Le rugen las tripas al oler el pan tibio, pero se contiene y permanece a una distancia prudencial del lecho, con las manos en la espalda y atenta a si Jillian precisa algo.

—No eres muy conversadora, ¿o sí? —comenta la señorita después de un rato ante el silencio incómodo del cuarto—. Vamos a necesitar un poco de confianza si quieres que tenga una buena opinión de ti. ¿Cómo te llamas?

—Violeta —responde la aludida, en pánico.

—Qué bonito. —Jillian le sonríe, como dándole ánimos—. Ahora, Violeta, me vas a ayudar a vestirme, ¿de acuerdo? —Parece divertida por una broma personal—. No es que sea incompetente e incapaz de hacerlo sola. Pero el resultado tiene que ser el óptimo. Seguro me entiendes. A todas nos gusta vernos bonitas.

Por primera vez en esa mañana eterna, Violeta nota algo de alivio en su tensión. Sí que puede entender a la señorita Jillian. De pronto, se siente más comprometida con su labor porque esa idea es algo que comparte con ella, a pesar de que habiten en universos completamente diferentes.

Le cepilla el cabello con dedicación mientras escogen el atuendo para ese día. Jillian es muy moderna; Violeta cree que haría que la tienda de Madame Lewitt-Garnier pareciera burda. Es el equilibrio perfecto entre recatamiento y juventud. Se decide por un traje sastre que hace Violeta bizquee de mezquindad ante su hermosura. El color arena predomina en el conjunto, con detalles en bermellón que llaman la atención inmediatamente a la delicada cintura de la señorita. Los botones sobre el pecho, algo masculinos, junto con las solapas del cuello, completan el atuendo, además del peinado abombado y el sombrerito que le cae sobre la frente.

—Nada mal, Violeta —la lisonjea, con dos aplausos cortos—. Veremos si pasa el estricto ojo de mis padres. Vamos, acompáñame al salón.

Ella se guarda el cumplido en el bolsillo, humeante de valoración, antes de seguirla de cerca. No está tan mal si le pagan por admirar objetos hermosos y congraciarse con una chica bonita. De a poco, se va relajando. Al salir de nuevo al pasillo, Violeta se siente mejor y más orientada. Avanza detrás de Jillian y, antes de alcanzar la escalera, se detiene ante la otra puerta abierta.

Es una habitación muy similar a la de la señorita, con decoración parecida. Sin embargo, hay un aura distinta en ella, como si la de Jillian estuviese saturada y aquella, al contrario, necesitara algo más de vida.

—No te detengas —le ordena su nueva ama, cortante—, y no te distraigas con mi hermana. No vale la pena.

Violeta se queda con la boca abierta. Allí, además de un cuarto cargado de tristeza, hay una joven sentada en un taburete, en posición tan lánguida como la de Jillian. Sin embargo, no da muestras de que le importe que una pequeña espía curioseee en su recámara, mucho menos las duras palabras de su hermana. Violeta da un respingo y obedece a pies juntillas, sin detenerse de más en la otra chica.

Tiene que seguir a Jillian, ya que es su trabajo. Lo demás no es problema de ella.